



JOSÉ FERRE-CLAUZEL



CÉSAR CERVERA MORENO

SOLDADOS
DE LA
HISTORIA
DE
ESPAÑA

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	9
1. Íberos a las puertas de Roma	13
2. ¡Santiago y cierra, España!	16
3. Señores de moros y cristianos	19
4. Despertad, hombres de frontera	22
5. El primer viaje sin derrotero.....	25
6. Sangre y fuego en la cubierta de <i>la Real</i>	28
7. Los tercios, una religión de hombres honrados	32
8. Cuando las picas desinflaron las caballerías	36
9. El general banquero rinde Breda	42
10. Quince cargas sangrientas en Nördlingen	46
11. Solo ante los indios	51
12. Un mito llamado Blas de Lezo	55
13. Barras, estrellas y Bernardo de Gálvez	60
14. La úlcera de Napoleón	64
15. El lobo de los carlistas	68
16. Más se perdió en Cuba	72
17. Un final estrepitoso para un imperio	74
18. El desastre de El africano	78
19. El infierno español	82
20. Frío soviético en las venas	86
21. Nayaf, la mayor batalla española del siglo XXI	90

A FONDO

Húsares de Pavía una caballería en vanguardia	94
Regimiento Lusitania la calavera como honor	96
La Guardia Real	98
El cuerpo policial fundado por un Moctezuma	100
Regulares, pura historia de España	104

La última carga de caballería en España.....	108
Milicianos sí, soldados, jamás.....	110
Legionarios a luchar, legionarios a morir.....	114
Viva la muerte.....	118
Un pequeño gran salto para España	120
Guerrilleros del siglo XXI.....	122
El acero entra en combate	124
Volar a la española.....	128
Una escuela flotante	130
<i>Epílogo</i>	133

Prefacio

UN PINTOR SILENCIOSO EN EL FRAGOR DE LA BATALLA

No es hombre de pocas pinceladas, pero sí de pocas palabras. José Ferre-Clauzel pinta justo al contrario de como habla. Con convicción y riqueza en los detalles. Sus cuadros ilustran una infinidad de libros y de revistas de temática militar, mundillo donde es toda una referencia por su don y su generosidad, pero lo cierto es que de la persona que sostiene el pincel apenas se sabe nada. Roza el misterio. El secreto mejor guardado de la pintura histórica actual se mantiene oculto bajo, al menos, tres llaves. La que marca la distancia de Madrid: vive en Amposta (Tarragona), donde muchos vecinos no dejan de interrogarle sobre por qué no plasma cuadros menos «españoles» y donde, desde luego, los focos mediáticos tienen menos alcance. La segunda cerradura es la que le impone una forma obsesiva de trabajar: «Te lo juro, a lo mejor estoy comiendo y sigo dándole vueltas a un cuadro, con la mirada perdida. Me consume por dentro».

Y la última, la llave más aparatosa, es la de una personalidad extremadamente tímida.

José Ferre-Clauzel (Toulouse, 1961) parece sacado del elenco de un western. Es un hombre taciturno, solitario, que cuenta sus amigos con los dedos de la mano, y con una autoexigencia espartana. «Aprecio los halagos, pero siento que no merezco tanto», sostiene un creador que se define como su mayor crítico. Ningún cuadro le termina de satisfacer, se remueve siempre algo en su interior que le lleva a dar una nueva pincelada o a mejorar lo que unos días antes parecía rematado.

Al hablar de su obra lo hace con distancia, sin darle importancia a pesar de que sus cuadros se demandan por todo el mundo. Le falta la convicción del vendedor que hoy en día, tiempo de redes sociales y marketing digital, está obligado a ser toda figura pública. Su carcajada es una explosión inesperada en medio de una voz que siempre parece a punto de rasgarse, aunque esa risa también caduca rápido en un abrupto carraspeo, recordatorio de las horas que pasa fumando y pintando en su taller hasta la madrugada.

De nada sirve buscar romanticismo en aquel rincón. El lugar es tan austero que convierte, en comparación, El Escorial de Felipe II en un torrente de adornos. Un pequeño cuarto con la iluminación tenue, pocos muebles y contadas concesiones decorativas que adviertan su fascinación por la Historia. Hay unas maquetas de carros de combate, una coraza de húsar y un cuadro secándose al sol, o más bien a la sombra. Allí huele a pintura al óleo (insiste en trabajar con pigmentos de una marca holandesa que se fabrica desde el siglo XVII y que evitan que los cuadros pierdan calidad con los años) y a tabaco. Allí ha devuelto a la vida a los soldados de la División Azul temblando por el frío soviético, a piqueros de los Tercios sosteniendo nervudos sus lanzas hacia el cielo y a tantos caballos desbocados que podría formar un rodeo. Allí, a buen resguardo, es todo lo lenguaraz con el pincel de lo que luego evita serlo con la boca.

A Ferre-Clauzel le molesta que todavía haya quien le conozca como «el pintor francés». Aunque de padre español, el artista nació y vivió sus primeros tres años en Francia. Desde entonces ha residido en España y se siente profundamente español, tanto como para resistir los maliciosos comentarios de esos vecinos de Amposta que le insisten en que toda la historia que retrata es mentira. «No me voy a ir de aquí. No soy ningún cobarde. Simplemente paso de sus comentarios y me encierro en mi estudio», les avisa. José dibuja desde que sus manos fueron capaces de agarrar un lápiz. Es lo que ha hecho en la vida, lo único que conoce desde que tiene uso de razón y su padre, también artista plástico, le encaminó hacia la pintura al óleo. Lleva 40 años haciéndolo y no tiene ninguna intención de parar.

Con 13 años entró a trabajar como copista de obras americanas en un estudio de pintura de Barcelona y se dijo «aquí me quedo». En pocos años, sus cuadros ya se comercializaban por medio globo y él se iba impregnando de un sinfín de tendencias. De Chicago a Nueva York. De Suiza a EE.UU... Su obra se orientó hacia los lucrativos paisajes y los bodegones de apariencia mágica. No fue hasta que hizo la mili en un cuartel de Lérida cuando asomó por primera vez la vocación que hoy ocupa su vida. Se le encargó elaborar una serie de retratos militares para oficiales y algunos temas bélicos que le evitaron hacer guardias y las tediosas labores de un cuartel, pero, en ningún momento, se planteó que algún día podría vivir de pintar batallitas. En los años 70 del pasado siglo, la pintura militar sonaba a algo casposo, obsoleto, un territorio minado de ideología en una sociedad a la que le costaría años curarse de prejuicios.

Al igual que toda España, Ferre-Clauzel tardó mucho tiempo en descubrir que la sociedad anhelaba esa temática en secreto. Un día se le ocurrió meter un soldado en uno de sus lacónicos paisajes, lo cual no gustó un pelo a sus seguidores. Sus lienzos se vendían, le permitían vivir de su arte y su nombre sonaba fuerte en el sector. La Fundación Thyssen adquirió una de sus obras. Lo tenía todo a nivel laboral, y todo lo cambió por un sueño incierto. Un día de 2009 decidió responder a un anuncio por internet que buscaba un pintor de temática militar. La cascada de libros, cómics, documentales y series que abordan de manera diferente la historia de España en la última década convencieron al catalán de dar un giro a su carrera. Se metió en un planeta inexplorado del que no sabía nada, ni siquiera si era compatible con la vida humana. Si daba dinero o si su mano valía para ello lo descubriría más tarde. «Me decían que estaba chalado por dejar los paisajes en mi mejor momento, pero yo dije: «¡A tomar viento, me quiero dedicar a esto!»», relata. El primer año no fue nada fácil, los siguientes tampoco fueron un camino de baldosas amarillas... «Pensaba que lo sabía todo, y no. Sufri mucho hasta coger la técnica adecuada y hacer algo decente».

Para documentar cada obra está en contacto con varios historiadores amigos, que le ayudan a superar el riguroso escrutinio de los aficionados a la temática militar. En un mundo que hace del detalle una ciencia, un casco o un uniforme anacrónico resultan casi una herejía. Detrás de cada cuadro hay muchos libros leídos y muchas conversaciones con expertos. Es solo entonces, con el fragmento de la historia bien elegido en la punta del pincel, cuando Ferre-Clauzel se fotografía en distintas poses para tener en todo momento un esquema de los movimientos de los personajes. Cuanto más agitada es la composición, más difícil resulta el reto. Hasta el día de hoy ninguna propuesta le ha intimidado. Se encierra en el estudio durante horas, muchas nocturnas, escuchando no a Vivaldi ni a Bach, sino tertulias políticas, hasta que da a luz a su retoño. Una de sus especialidades es pintar caballos a la carga, justo lo que más esfuerzo les cuesta a otros artistas.

Hay cuadros que puede terminar en una semana, mientras que para otros necesita varios meses. En total pinta una veintena de lienzos al año. Se considera un artista de pincelada lenta, pero lo compensa con una dedicación monástica a la pintura. Deposita su arte directamente en la tela, sin bocetos previos ni ensayos. Tan profano como el resto del personaje es su forma de vencer al lienzo en



blanco: «Si estoy bloqueado, no viajo, no hago nada diferente. Cojo la puerta de mi estudio y me marcho hasta que me siento listo para enfrentarme a la pintura». Con él vive en Amposta su pareja, que se mueve en una silla de ruedas por el piso, ayuda a José a atender las redes sociales y le aporta «un ojo crítico nato» para mejorar las obras. El resto de la casa no recuerda en nada que Ferre-Clauzel es uno de los pintores militares más reputados de Europa.

Lo que más disfruta el catalán son las pinturas de los Tercios, donde se bate pincel en mano con cada instante del cuadro. Le gustaría que el público le conociera, simplemente, como un pintor realista de historia militar, que no hiperrealista. «Quien dice que soy hiperrealista es que no sabe lo que es. Mi pincelada se nota en todo momento», explica. En sus obras prevalece el color sobre el dibujo, el vapor sobre la nitidez, lo etéreo sobre los bloques rígidos. Sus cuadros basculan entre una minuciosidad extrema y, en ciertas ocasiones, pinceladas de pura agilidad. Sus críticos dicen por ello que su obra es irregular; algunos lienzos parecen conservar el aire contenido de cinco siglos, mientras que otros, en cambio, parecen hechos a la carrera. Él se justifica en que cada cuadro pide una cosa. «No lo puedo explicar. Unos dicen hasta aquí y otros que continúe», argumenta. Son ellos quienes tienen la última palabra; él solo pinta y escucha.

1 ÍBEROS A LAS PUERTAS DE ROMA

Grandes imperios exigen grandes enemigos. Pero ni Pirro de Epiro, el que diera nombre a las victorias «pírricas»; ni el exótico Mitrídates VI, víctima del gran Pompeyo; ni Vercingétorix, compatriota de Astérix y Obélix; ni el héroe de los esclavos, Espartaco... Ningún rival de la Antigua Roma estuvo a la altura de su leyenda. Ninguno estuvo verdaderamente cerca de hacer añicos la Ciudad Eterna, salvo Aníbal Barca.

Tras hacerse con el dominio sobre la Península Ibérica, este general cartaginés decidió invadir Roma a través de los Alpes, en parte obligado por las dificultades financieras para armar una flota de ese tamaño. Aníbal partió con un ejército de más de 100.000 hombres, incluidos 37 elefantes, pero el invierno se cobró su botín: a la altura de Turín tan solo quedaban vivos 20.000 infantes, 6.000 jinetes y un elefante. Aníbal, además, perdió su ojo derecho a causa de una infección durante el dificultoso trayecto. Su fuerza era, a esas alturas, una mezcla de pueblos: númidas, libios, íberos, celtíberos, lusitanos, galos, ligures e italianos.

Todos los sacrificios de Aníbal y los años de espera dieron sus frutos el 2 de agosto del año 216 a.C. Con la ciudad norteña de Cannas, gran depósito de víveres, amenazada por Aníbal, los cónsules Cayo Terencio Varrón y Paulo Emilio condujeron al lugar al mayor ejército levantado hasta entonces por Roma, unos 80.000 infantes y 6.000 jinetes, compuesto a partes iguales por ciudadanos romanos y aliados itálicos.

El sol abrasaba las carnes y el viento añadía confusión a las llanuras de Cannas, pero fueron las desavenencias entre cónsules las que cavaron la tumba romana... Paulo Emilio, con mayor experiencia, era partidario de evitar la batalla, en la que la caballería púnica tendría una gran ventaja, pero Varrón, sabiendo que su infantería duplicaba al enemigo, era partidario de un ataque frontal. Esta fue la estrategia que se tomó el 2 de agosto, día en el que, por alternancia, le correspondía el mando a Varrón.

Al estilo clásico, los romanos situaron al frente de su ejército a los velites (una infantería ligera que lanzaba letales jabalinas) y de forma consecutiva otras líneas de infantería a cada cual más





pesada y adiestrada. La caballería romana ocupó el flanco derecho y la de los aliados itálicos, el izquierdo. Aníbal, por su parte, se inclinó por colocar en formación de media luna a los mercenarios íberos (los celtas combatían desnudos; los íberos, cubiertos solo con túnicas de lino de color púrpura), mientras en los extremos situó a su unidad de élite, la pesada infantería africana que aún luchaba al estilo de las falanges griegas. El flanco izquierdo quedó a cargo de la caballería pesada, formada por jinetes íberos y galos al mando de Asdrúbal (no el hermano de Aníbal, sino otro), mientras que la caballería ligera nómada, dirigida por el comandante Maharbal, se ubicó a la derecha.

Los velites se batieron con los honderos baleáricos en los inicios del combate, aunque no fue hasta la carga fallida de los jinetes de Asdrúbal contra la caballería que dirigía Publio Emilio cuando empezó realmente la lucha. Con la caballería romana en problemas, las cosas se pusieron de parte de Aníbal desde el principio. La infantería romana cometió entonces el error de internarse más y más en su choque contra la infantería rival. Pensaban que estaban poniendo en apuros al enemigo, sin sospechar que el genio cartaginés les había tendido una trampa. Cuanto más retrocedía la media luna, más se iba convirtiendo en una figura cóncava.

La heroica resistencia presentada por íberos y celtas a las legiones, que les duplicaban en número pero estaban limitadas por el espacio estrecho, permitió que el plan de Aníbal llegara a buen puerto. La infantería mercenaria cedió el terreno, sí, como había esperar, pero lo hizo muy lentamente, de modo que las filas africanas pudieron reorganizarse con tiempo y flexibilidad. Aníbal sabía lo importante que era esta posición para su estrategia, de ahí que fuera en persona a arengar a celtas e íberos y que se hiciera cargo de sus filas.

Tampoco fue mejor para los romanos el duelo entre la caballería nómada del flanco derecho y la caballería de los aliados itálicos, mandados por el cónsul Varrón, que resistieron el choque hasta que fueron atacados por la espalda por los jinetes galos e íberos de Asdrúbal. Liberadas las alas de Cartago, Aníbal dio la orden de envolver con su infantería africana y con sus caballerías la estirada infantería romana. Amontonados en un espacio reducido y sin poder maniobrar, los romanos sufrieron una matanza espantosa a manos de la élite africana.

Aníbal venció a un ejército superior en número valiéndose de su dominio de las tácticas envolventes y aprovechando las condiciones del terreno (estrecho y plano). Con 50.000 romanos muertos, entre los que figuraba el cónsul Lucio Emilio Paulo, dos excónsules, dos cuestores, una treintena de tribunos militares y 80 senadores, Roma entró en pánico.

En los días siguientes a la batalla de Cannas, la República se preparó para lo peor. Contra todo pronóstico, el ataque de Aníbal nunca llegó. A modo de mito fundacional, la tradición cuenta que Barca se sintió intimidado frente a los muros de Roma y prefirió retirarse sin acabar con su presa. Nada más lejos de la realidad; si alguien tenía terror en ese momento eran los romanos, a los que solo les quedaba rezar a Marte por su suerte.

2 ¡SANTIAGO Y CIERRA, ESPAÑA!

Jesús de Nazaret apodó a Santiago de Zebedeo como «el hijo del trueno» por su carácter fuerte y vehemente. No era Thor, pero sí el más impetuoso de los apóstoles. Un guerrero capaz de pasar en cuestión de segundos de la depresión a la euforia. El primero en lanzarse hasta los confines del mundo conocido, al *finis terrae*, a propagar el cristianismo en lo que algún día sería España. Y también el primero en ser asesinado.

La tradición medieval da por verosímil ese viaje del apóstol Santiago hacia Hispania en el siglo I, aunque parece claro que su impacto evangelizador no pudo ser muy profundo (los textos hablan de un puñado de convertidos al cristianismo), pero plantea demasiadas dudas y contradicciones a la hora de explicar por qué y cómo años después de su muerte fueron trasladados sus restos desde Judea a Compostela. Más bien parece que el hallazgo de los restos en Galicia, siglos después de su muerte, estuvo relacionado con las necesidades propagandísticas de los cristianos en su lucha desesperada contra los musulmanes a principios de la Reconquista. El descubrimiento del sepulcro y la peregrinación a este fue probablemente el re-

sultado de una estrategia del rey asturiano Alfonso II y del obispo de Iria Flavia que permitió establecer un cordón umbilical entre la España cristiana, de la que quedaba muy poquito en ese momento, y el resto de la Europa cristiana. A través de esa conexión llegaron a España apoyo militar, intercambio comercial, cultura, riquezas, alianzas políticas... Un aliento para el Reino de Asturias en un momento de total inferioridad de medios.

Muy pronto ese primer Santiago como patrón de los cristianos de Hispania tomó la forma de «Santiago Matamoros», donde el Apóstol Peregrino, portando el bastón y el sombrero adornado con una concha, se transformó en un guerrero blandiendo una espada sobre un caballo blanco que carga contra el enemigo musulmán. Así lo imaginaron las crónicas medievales durante la batalla de Clavijo, ocurrida supuestamente el 23 de mayo del año 844, cuando «el hijo del trueno» se apareció de esa guisa y se puso a cercenar cabezas de moros en auxilio de los cristianos. En un abrir y cerrar de ojos, decapitó a 70.000 enemigos y dio la victoria a las huestes del rey Ramiro I de Asturias, al que, según la Primera Crónica General escrita más de tres siglos



después, se le había aparecido en sueños la noche anterior para decirle: «Sepas que Nuestro Señor Jesucristo repartió entre todos los apóstoles todas las provincias de la tierra. Y a mí sólo me dio España para que la guardase. Rey Ramiro, esfuerzate en tu oración y sé bien firme y fuerte en tus hechos, que yo soy Santiago. Y ten por verdad que tú vencerás mañana con la ayuda de Dios a todos esos moros...».

Existen enormes dudas sobre lo que ocurrió realmente en Clavijo e incluso sobre la propia existencia de la batalla o que fuera entonces el monarca Ramiro I. No obstante, a la fabulosa creencia de que Santiago había tomado parte en un combate por los cristianos le siguieron otras muchas apariciones en los campos de batalla de la península. En la batalla de Coimbra, en 1064,

el patrón de España volvió a intervenir de forma decisiva en favor de las tropas de Fernando I de León. Y, a partir de 1150, con la ratificación del citado documento de Ramiro I de puño y letra de Alfonso VII, Santiago pasó definitivamente de ser un benevolente protector de sus peregrinos a ser la Némesis de los infieles musulmanes. El mito y la realidad, una vez más, se fusionaron sin que fuera posible diferenciar dónde empezaba uno y dónde la otra. Eso sí, la importancia de Santiago para los cristianos de la península era muy real.

El grito «¡Santiago y cierra, España!» se elevó como el lema más voceado por los guerreros y soldados españoles desde la Reconquista hasta la Época Moderna antes de cada carga en ofensiva. El significado de la frase es invocar al apóstol y, además, dar la orden a la unidad

de cerrar, que en términos militares significa trabar combate, embestir o acometer. Su sonido se oyó en todos los continentes en los que combatieron los españoles, lo que incluyó la Conquista de América. El apóstol había llegado a España en el siglo I atravesando el Mediterráneo de punta a punta, y en el siglo XVI no tuvo ningún reparo en trasladarse al otro lado del mundo junto a aquellos barbudos envueltos en acero.

Hay más de 15 apariciones documentadas del apóstol durante la conquista y el período posterior en América. La primera de ellas en la batalla de Centla (1518), en Tabasco, y la última en 1916, cabalgando el apóstol junto a Pancho Villa durante la Revolución Mexicana. Casi siempre como el Santiago *miles Christi*... Según la narración del cronista Díaz del Castillo, los jinetes españoles

invocaron a Santiago antes de cargar contra sus enemigos en la batalla de Otumba, que selló las últimas posibilidades del imperio mexica de aniquilar a las huestes de Hernán Cortés.

Lo mismo hizo en Perú. El apóstol entró en acción en 1536 cuando los españoles estaban sitiados por las tropas de Manco Inca en Cuzco. Según cuenta el Inca Garcilaso de la Vega, los defensores se pusieron a rezar hasta que un rayo cayó del cielo y de él emergió el santo en su característico caballo blanco. Ni corto ni perezoso, sin que hubiera que darle más explicaciones tácticas, se puso a dar espadazos. «Y el santo todo armado con rodela y su bandera y su manto colorado y su espada desnuda» derrotó a los indios. Desde entonces los incas, decía el cronista, cada vez que escuchaban un trueno afirmaban que era Santiago que estaba cabalgando por los cielos.

